“Cuando cuesta obedecer a Dios”

Mateo 1:18-25

Por

Lorenzo Luévano



Hay momentos en la vida en los cuales obedecer a Dios parece relativamente sencillo, porque su voluntad coincide con nuestras expectativas, no altera nuestros planes y tampoco amenaza aquello que consideramos valioso. Sin embargo, existen otras circunstancias en las cuales la obediencia se convierte en una verdadera prueba del corazón, porque hacer lo correcto exige renunciar a nuestras conclusiones, soportar preguntas difíciles, aceptar situaciones que no elegimos y caminar hacia un futuro que no podemos controlar. José conoció esa clase de obediencia, y precisamente por eso su conducta en Mateo 1:18-25 constituye una poderosa exhortación para todo cristiano que desea servir a Dios no solamente cuando hacerlo resulta fácil, sino también cuando la fidelidad tiene un costo personal.

Mateo nos dice que María, estando desposada con José, “antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo” (Mateo 1:18). Nosotros conocemos la explicación porque contemplamos el acontecimiento desde la perspectiva de la revelación completa, pero José no comenzó allí. Él comenzó con una realidad desconcertante, dolorosa y aparentemente incompatible con aquello que esperaba de su matrimonio, porque María estaba encinta y él sabía que no era el padre. No debemos leer este episodio con tanta familiaridad que perdamos de vista su fuerza humana, pues José no estaba contemplando una doctrina abstracta acerca de la encarnación, sino enfrentando una crisis que tocaba directamente su honor, su futuro y su relación con la mujer con quien esperaba formar un hogar.

Desde nuestra perspectiva, aquello era parte del cumplimiento del propósito divino, pero desde la perspectiva inmediata de José, la situación parecía completamente distinta. Allí donde nosotros vemos el cumplimiento de la profecía, José primero tuvo que contemplar una circunstancia que podía parecer humillante, dolorosa y difícil de explicar. Aun así, Mateo describe su carácter con palabras que merecen atención cuando dice que “José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente” (Mateo 1:19).

José era justo, pero su justicia no era cruel. Este detalle resulta especialmente importante en una época donde algunas personas confunden fidelidad con dureza, como si defender lo correcto exigiera necesariamente destruir al que ha caído, humillar públicamente al que se equivoca o convertir cada conflicto en un escenario donde alguien debe quedar

derrotado. José creyó encontrarse frente a una situación grave, pero incluso bajo aquella impresión procuró actuar sin convertir el dolor de María en espectáculo.

La justicia bíblica nunca debe confundirse con el placer de castigar, porque el hombre justo ama la verdad, pero tampoco disfruta la vergüenza ajena. Puede ser necesario corregir, reprender y disciplinar cuando la voluntad de Dios así lo exige, pero otra cosa completamente distinta es alimentar el orgullo personal mediante la exposición innecesaria del pecado de otros. Pablo escribió que el amor "no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad" (1 Corintios 13:6), y esa combinación debería gobernar nuestra manera de tratar incluso las situaciones más delicadas, porque la verdad sin amor se convierte fácilmente en dureza, mientras que el amor sin verdad termina convirtiéndose en complicidad.

José quiso hacer lo correcto, pero todavía no conocía todos los hechos, y esto también debería amonestarnos. Cuántas veces construimos conclusiones completas con información incompleta, vemos una parte, escuchamos una versión, observamos una conducta y rápidamente llenamos los espacios vacíos con nuestras propias suposiciones. Después hablamos, acusamos o juzgamos como si hubiéramos estado presentes en todos los acontecimientos, cuando en realidad solamente conocemos una fracción de la historia.

José estaba equivocado acerca de lo sucedido, aunque no porque fuera malicioso, sino porque desconocía la revelación que necesitaba. Por eso Mateo escribe que "pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños" (Mateo 1:20). Esa pequeña expresión merece ser considerada cuidadosamente, porque José pensó antes de actuar. Vivimos rodeados por una cultura de reacción inmediata, donde se responde antes de comprender, se publica antes de verificar, se acusa antes de escuchar y se rompe una relación antes de considerar si nuestra interpretación de los hechos es correcta. Incluso entre cristianos puede aparecer esa precipitación, como si actuar rápidamente fuera una forma de mostrar seguridad, cuando en realidad muchas veces solamente revela impaciencia.

José pensó en lo que estaba ocurriendo, y mientras lo hacía, Dios le proporcionó la información que transformaría por completo su comprensión del problema. El ángel le dijo, "José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es" (Mateo 1:20). Aquello que José interpretaba como motivo para apartarse era, en realidad, parte del propósito de Dios, y lo que parecía una tragedia se encontraba dentro del cumplimiento de una promesa.

Aquí encontramos una lección que debemos recibir con humildad, porque no todo lo que nos desconcierta significa que Dios haya perdido el control. Tampoco debemos concluir que toda circunstancia difícil es directamente producida por Dios, porque la Escritura no autoriza semejante fatalismo, pero sí debemos reconocer que nuestra comprensión es limitada y que hay momentos en los cuales simplemente no conocemos todos los hechos.

Proverbios advierte que “al que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio” (Proverbios 18:13), y aunque el texto se refiere directamente a escuchar antes de responder, el principio es amplio, pues el juicio responsable requiere conocimiento suficiente.

Después de recibir la revelación divina, José tuvo que tomar una decisión, pues podía obedecer lo que Dios acababa de mostrarle o podía continuar aferrado a su propio juicio. Precisamente allí aquella situación se convirtió en una verdadera prueba espiritual, porque una vez que la voluntad de Dios quedó clara, José tuvo que colocarla por encima de sus temores, de sus conclusiones anteriores y de cualquier preocupación relacionada con la manera en que los demás interpretarían su decisión.

El ángel le había dicho que no temiera recibir a María, y esa exhortación permite comprender que había razones humanas para sentir temor. Recibirla significaba entrar públicamente en una situación que muchos no entenderían, porque José conocía la verdad después de haber recibido la revelación divina, mientras que quienes lo rodeaban no necesariamente dispondrían de aquella explicación. Por eso, su obediencia no solamente consistía en hacer lo correcto, sino también en hacerlo aunque otros pudieran juzgarlo equivocadamente.

Hay obediencias que serán admiradas y otras que serán malinterpretadas. A veces hacer la voluntad de Dios nos colocará en situaciones donde tendremos que soportar sospechas, críticas o preguntas que no podremos resolver completamente ante los hombres, y entonces quedará expuesto qué opinión pesa más en nuestro corazón, la de Dios o la de quienes nos rodean. Pablo preguntó, “¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios?” (Gálatas 1:10), y José tuvo que responder esa pregunta con hechos.

Mateo dice que “despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer” (Mateo 1:24). La frase es extraordinariamente sencilla, pero su contenido es profundo, porque Dios mandó y José obedeció sin intentar modificar las condiciones del mandato. No pidió una versión menos costosa de la obediencia, no exigió que Dios eliminara primero toda posibilidad de vergüenza social y tampoco buscó una alternativa que protegiera mejor su reputación.

Aquí se encuentra una de las grandes diferencias entre la obediencia bíblica y la obediencia condicional que muchas veces nosotros practicamos. Decimos que queremos hacer la voluntad de Dios mientras esa voluntad no toque nuestras preferencias. Estamos dispuestos a perdonar siempre que el otro se disculpe de la manera que deseamos, estamos dispuestos a servir mientras no interfiera con nuestra comodidad y estamos dispuestos a defender la verdad siempre que eso no afecte nuestras relaciones.

La obediencia verdadera comienza precisamente cuando Dios nos pide aquello que no habríamos elegido por nosotros mismos. Abraham obedeció cuando tuvo que salir sin saber a dónde iba, Moisés obedeció cuando tuvo que volver al lugar del cual había huido, y

los apóstoles obedecieron cuando predicar a Cristo significaba enfrentar amenazas y persecución. La fidelidad solamente parece sencilla mientras la voluntad de Dios coincide con nuestros intereses, pero cuando obedecer implica renuncia, entonces se manifiesta con mayor claridad quién gobierna verdaderamente nuestro corazón.

José nos enseña esa clase de fidelidad, y también debemos notar que no solamente recibió una instrucción acerca de María, sino que recibió responsabilidad acerca del niño. El ángel le dijo, "Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mateo 1:21). José recibiría al niño y le pondría el nombre indicado por Dios, lo cual significaba reconocer desde el principio que aquella vida no estaba bajo su autoridad para definirla según sus propios deseos.

Aquí hay una amonestación particularmente necesaria para los padres cristianos, porque nuestros hijos no existen simplemente para cumplir nuestras expectativas. Dios nos concede la responsabilidad de criarlos, instruirlos y corregirlos, pero no tenemos derecho a convertirlos en extensiones de nuestro orgullo. Hay padres que desean que sus hijos alcancen aquello que ellos no alcanzaron, que estudien aquello que ellos admiran, que mantengan cierto prestigio familiar o que sigan un modelo de éxito definido por criterios puramente terrenales.

La pregunta principal debería ser qué quiere Dios de ellos, porque nuestra responsabilidad no consiste en diseñarles una vida sin dificultades, sino en prepararlos para una vida de fidelidad. José recibiría a Jesús en su hogar sabiendo que el niño estaba allí para cumplir el propósito de Dios, y nosotros también debemos aprender a administrar lo que Dios pone en nuestras manos sin comportarnos como propietarios absolutos. Esto incluye nuestros hijos, nuestro dinero, nuestras capacidades, nuestro tiempo y nuestras oportunidades, porque todo aquello que poseemos terminará escapando de nuestras manos tarde o temprano.

Mateo conecta estos acontecimientos con la profecía de Isaías cuando escribe, "He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros" (Mateo 1:23). José estaba obedeciendo dentro de una historia mucho mayor que él mismo, y probablemente no alcanzaba a comprender toda la profundidad teológica de lo que estaba sucediendo, pero su tarea no dependía de comprenderlo todo antes de obedecer.

Esto también debería corregirnos, porque muchas personas quieren poseer comprensión total antes de someterse. Quieren resolver cada pregunta antes de dar el primer paso y entender cada consecuencia futura antes de obedecer una instrucción presente. Sin embargo, la fe bíblica muchas veces funciona de otra manera, porque Dios revela suficientemente lo que debemos hacer, aunque no revele exhaustivamente todo lo que sucederá después.

José no recibió un mapa completo de los próximos treinta años, sino la instrucción necesaria para aquel momento. De la misma manera, el cristiano no necesita conocer todo su futuro para caminar fielmente hoy. Quizá no sepamos cómo se resolverá cierto problema familiar, cómo cambiará nuestra situación económica o qué pruebas enfrentaremos dentro de algunos años, pero conocemos suficientemente la voluntad de Dios para esta jornada.

Sabemos que debemos vivir en santidad, que debemos amar a los hermanos, que debemos reunirnos con los santos, que debemos cuidar nuestro hogar, que debemos hablar verdad, que debemos huir de la inmoralidad y que debemos predicar el evangelio. Muchas veces nuestro problema no es falta de revelación, sino falta de decisión, porque esperamos una claridad extraordinaria para obedecer aquello que Dios ya ha explicado claramente en su Palabra.

La fidelidad de José también fue silenciosa, y esto merece consideración. No aparece pronunciando grandes discursos, no aparece reclamando reconocimiento y tampoco aparece buscando que alguien celebre su sacrificio. Simplemente obedece, recibe a María, cuida al niño y cumple el mandato que ha recibido. Hay una belleza espiritual en ese tipo de vida que nuestra época casi ha olvidado, porque vivimos rodeados por la necesidad de mostrarlo todo, publicarlo todo y recibir aprobación por casi cualquier cosa que hacemos. Incluso el servicio cristiano puede contaminarse con esa hambre de reconocimiento.

Sin embargo, una parte enorme de la fidelidad cristiana ocurre donde nadie aplaude. Ocurre cuando un esposo permanece fiel aunque nadie lo felicite, cuando una esposa sirve a su familia sin que alguien publique fotografías de su esfuerzo, cuando un cristiano rechaza una tentación que nadie jamás conocerá, cuando alguien devuelve dinero que podría haberse quedado impunemente, cuando un hermano decide no participar en una conversación maliciosa y cuando una persona ora a solas, estudia su Biblia y lucha contra sus pensamientos sin recibir reconocimiento público.

Jesús advirtió acerca de practicar la justicia para ser vistos por los hombres y enseñó que nuestro Padre "que ve en lo secreto" recompensará (Mateo 6:4). José pertenece a esa clase de hombres, porque su grandeza consiste precisamente en que no parece interesado en parecer grande. Ese tipo de fidelidad sostiene hogares y congregaciones mucho más de lo que solemos reconocer, pues no todo siervo de Dios estará en un púlpito, no todo cristiano tendrá un ministerio visible y no todos serán conocidos por muchas personas, pero todos pueden ser fieles.

Cuando finalmente Mateo escribe que José "no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS" (Mateo 1:25), encontramos nuevamente obediencia concreta. No solamente recibió a María, sino que también respetó aquello que Dios estaba haciendo, y cuando el niño nació, José hizo exactamente lo que había sido ordenado.

La obediencia bíblica siempre termina descendiendo desde las intenciones hasta las acciones. Es fácil emocionarse con sermones acerca de la fidelidad, decir que queremos servir a Dios y afirmar que Cristo ocupa el primer lugar, pero finalmente llega el momento donde la fe debe tocar decisiones concretas. La pregunta deja de ser qué pensamos acerca de la obediencia y pasa a ser qué vamos a hacer con aquello que ya sabemos que Dios exige de nosotros.

Jesús dijo, "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14:15). La obediencia no compra la gracia de Dios, pero revela si nuestra profesión de fe tiene realidad. Santiago advierte acerca del peligro de ser "oidores olvidadizos" en lugar de hacedores de la Palabra (Santiago 1:25), y José nos muestra precisamente lo contrario, porque escuchó y después actuó conforme a lo que había recibido.

Nosotros también deberíamos preguntarnos qué mandato de Dios conocemos perfectamente pero seguimos postergando. Quizá sabemos que debemos perdonar, quizá sabemos que cierta relación es pecaminosa, quizá sabemos que debemos reconciliarnos con alguien, quizá sabemos que nuestra familia necesita más presencia espiritual de nuestra parte o quizá sabemos que cierta conducta está destruyendo nuestra conciencia. El problema muchas veces no consiste en que necesitemos otro estudio bíblico para descubrir la respuesta, sino en que ya sabemos qué debemos hacer y seguimos buscando una razón para posponerlo.

Cuando obedecer a Dios cuesta, descubrimos cuánto pesa realmente su voluntad en nuestra vida. Mientras la obediencia no compite con nuestros intereses, cualquiera puede parecer fiel, pero cuando obedecer amenaza nuestro orgullo, nuestros planes, nuestra reputación o nuestra comodidad, entonces queda expuesto quién ocupa verdaderamente el trono del corazón.

José pudo haberse aferrado a su propia interpretación, pudo haber protegido su reputación y pudo haberse apartado, pero cuando Dios habló, José cambió su curso. Eso también es humildad, porque el hombre humilde no es solamente aquel que habla modestamente de sí mismo, sino aquel que permite que Dios corrija sus conclusiones.

Hay personas capaces de admitir pequeños errores, pero incapaces de abandonar una interpretación cuando ya han invertido demasiado orgullo en defenderla. Prefieren mantener una posición equivocada antes que reconocer que necesitan cambiar, mientras que José hizo precisamente lo contrario. Pensaba actuar de una manera, Dios le mostró otra y José obedeció.

Cuánta paz tendrían nuestras relaciones si aprendiéramos esa disposición, y cuántas divisiones podrían evitarse, cuántas discusiones familiares terminarían y cuántos conflictos entre hermanos serían resueltos si nuestra pregunta principal no fuera quién tiene la última palabra, sino qué exige la voluntad de Dios.

Mateo 1:18-25 no presenta a José como un hombre espectacular, sino como un hombre justo que obedeció, y quizá allí se encuentra una de las exhortaciones más importantes para nosotros, porque muchas veces admiramos lo extraordinario mientras Dios sigue buscando fidelidad ordinaria. No todos seremos recordados por grandes obras, pero todos estamos siendo observados por Dios en las pequeñas decisiones, y allí precisamente se construye la vida cristiana.

Se construye cuando obedecemos aunque resulte incómodo, cuando permanecemos fieles aunque nadie nos comprenda, cuando actuamos con justicia sin perder misericordia, cuando esperamos antes de juzgar, cuando aceptamos que no conocemos todos los hechos, cuando sometemos nuestros planes a una voluntad superior y cuando hacemos hoy aquello que Dios ya nos ha mandado.

José tuvo que recibir a María cuando hacerlo podía costarle reputación, tuvo que aceptar una explicación que solamente podía sostenerse por fe y tuvo que asumir responsabilidad sobre un niño cuya historia superaba infinitamente la suya. Sin embargo, obedeció, y mientras él obedecía dentro de la sencillez de su hogar, Dios estaba cumpliendo algo que alcanzaría al mundo entero.

Quizá nosotros nunca sepamos cuánto puede hacer Dios mediante una vida que simplemente decide ser fiel. Por eso, cuando obedecer resulte costoso, cuando cumplir la voluntad de Dios parezca colocarnos en desventaja y cuando sintamos la tentación de escoger la salida más cómoda, recordemos a José, porque su ejemplo nos enseña que la fidelidad verdadera no necesita hacer ruido para ser grande delante de Dios.

Iglesia de Cristo en Constituyentes
Juan J. Méndez 7744, Col. Constituyentes
Ciudad Juárez, Chih. México
4 de noviembre de 2026
www.iglesiadecristoenjuarez.com